

Brasil y México*

9 de febrero de 2004
Miguel Marín Bosch

Palabras en el seminario sobre Brasil y México en la Universidad Iberoamericana

El próximo 1° de abril se cumplirán cuarenta años del golpe militar que acabó con el gobierno democrático de João Goulart. Su ministro de relaciones exteriores, João Augusto de Araujo Castro, padre del embajador Luiz Augusto, fue enviado a Grecia en lo que fue un exilio diplomático. Escasos meses antes Alfonso García Robles, nuestro embajador en Río de Janeiro (todavía no se cambiaban a Brasilia), fue llamado a México para hacerse cargo de la subsecretaría de asuntos multilaterales, que ocuparía durante siete años. En ese lapso se negoció el Tratado de Tlatelolco, mismo que había nacido de la declaración conjunta de 1963, suscrita por los presidentes de Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador y México.

Pese a la resistencia de algunos militares brasileños, funcionarios de Itamaraty participaron activa y constructivamente en la elaboración del primer tratado que estableció una zona libre de armas nucleares en una región densamente poblada. De no haber mediado ese golpe militar, el tratado quizás hubiera llevado el nombre de Itamaraty.

Hace 35 años, cuando estaba pensando en ingresar al servicio exterior mexicano, había iniciado mi carrera académica (que retomé hace unos años en Barcelona y ahora prosigo aquí en la Iberoamericana). Entre otros, daba un curso en la UNAM sobre historia del Brasil. Desafortunadamente, lo que aprendí entonces sigue siendo válido. México y Brasil somos dos países importantes que nos desconocemos profundamente. Los mexicanos no tenemos idea de lo que ocurre en Brasil, y viceversa. Tenemos una idea de lo que pasa en Cuba y en Estados Unidos. Pero cuando pensamos en Brasil, nuestra ignorancia raya en

* Texto inédito.

lo enciclopédico. Así lo demuestra la discusión reciente en la prensa mexicana sobre la ampliación de la composición del Consejo de Seguridad de la ONU y la posible inclusión de Brasil entre sus nuevos miembros permanentes.

Ignorancia es una de las dos palabras que considero clave en toda discusión sobre nuestros dos países. La otra es distancia. Por un lado, la distancia que nos separa podría conducirnos a una mayor amistad. Los vecinos casi siempre son desconfiados. Por otro lado, la falta de distancia entre México y Estados Unidos y la amplitud de esa relación hacen que nuestros dirigentes concentren su atención en Washington, en detrimento de otras relaciones. Todos nuestros mandatarios recientes han proclamado, al principio de su mandato, que buscarán diversificar nuestras relaciones exteriores e, invariablemente, no lo consiguen. Esta semana servirá para abrir algunos ojos.